



de Fonseca, se tornó en objeto de compasión é interes de la córte; dolieron, consolaron al agresor y lo indemnizaron de su desazon, y la conducta del ofendido quedó reprobada por la opinion pública. No estaba allí para volver por su

honra el virey; que habia levado anclas, recibiendo por despedida un ultraje, y presintiendo los vituperios que sobre él se lanzarian durante su ausencia.

CAPÍTULO XXVIII.

El almirante, en su viaje de descubrimiento de la Tierra firme, experimenta las calmas de la zona tórrida.—Peligros y padecimientos de la navegacion.—Hállase la Trinidad.—La Tierra firme.—Carácter del nuevo continente.

El 30 de Mayo de 1496 se dieron á la vela en el puerto de Sanlúcar de Barrameda seis carabelas, á las órdenes del almirante, que mandó zarpar invocando la Santísima Trinidad (1) y haciendo voto de imponer tan augusto nombre á la primera tierra que descubriese (2).

Ya no eran islas las que buscaba Colon, ya no iba con propósito de sondar en las inmediaciones de la gran isla de Cuba, que se suponía ser el principio de las Indias, sino que se hacia á la mar con ánimo de interrogar los desconocidos espacios del Océano al Mediodía, y partía resuelto en busca de un nuevo continente, cuya existencia presentia su intuicion bajo una latitud más avanzada, hácia occidente. Sus esperanzas igualaban casi en este viaje á la importancia de su primer descubrimiento (3).

Mandó hacer rumbo, primeramente al S. con el objeto de evitar una flota francesa que cruzaba á la sazón á la altura del cabo de San

(1) Cristóbal Colon. «Partí en nombre de la Santísima Trinidad, Miércoles 30 de Mayo, de la villa de Sanlúcar.» *Relacion del tercer viaje, dirigida á los reyes católicos.*

(2) Oviedo y Valdes. *Historia natural y general de las Indias*, lib. III, cap. III.

(3) «Una empresa tan importante y gloriosa en su dia como el primer descubrimiento»—Muñoz, *Historia del nuevo mundo*, lib. VI, § 23.

Vicente, (1) el 7 de Junio echó el ancla en la bahía de Porto-Santo, donde oyó misa, se proveyó de leña y agua y salió para Madera, cuyo gobernador y mayor parte de sus habitantes, que de antiguo lo conocian, lo recibieron con gran pompa. Permaneció allí seis dias, é hizo viveres y azúcar prieto que se compraba á precios bastante módicos. Fué luego á la Gomera y despues continuó su viaje.

Sin cesar preocupado de las necesidades de la colonia, apénas llegado el almirante á la inmediacion de la isla del Fierro despachó directamente para la Española tres bajeles á las órdenes de su cuñado D. Pedro de Arana, de su primo el g novés, Juan Antonio Colon y de Alonso Sanchez Carvajal, señalándoles el camino mejor y más corto que debian tomar. El mando de la flotilla lo tendrian por turno uno cada semana.

Hecho esto, Colon con los otros tres buques hizo rumbo hácia la zona tórrida «en nombre de la Santísima Trinidad» (2).

Un ataque de gota, que, al cuarto dia de la invasion, se agravó con calentura, vino á po-

(1) Herrera dice que esta escuadra era portuguesa; pero Las Casas asegura que era francesa, y la misma relacion de Colon no deja márgen á dudar en este punto.

(2) Herrera. *Historia general de las Indias Occidentales*, Década 1, lib. III, cap. IX.



ner el colmo á su fatiga; pero la energía de su voluntad dominó la violencia del dolor y no cesó por ello de dirigir en persona la navegación (1). Cuando hubieron montado la estéril isla de Bella-Vista, refugio de los portugueses leprosos (miércoles 4 de Julio), el almirante se inclinó al S. E. Desde el día 27 de Junio no habían podido observarse las estrellas, ni tomar la altura, que tan densa estaba la bruma; pero Colon prosiguió en la misma derrota á pesar de que la fuerza de las corrientes que se dirigian al N. y al N. E. retardaba de una manera penosa la marcha. El 7 de Julio aún estaba el almirante á la vista del Fierro y deseoso de sostener el rumbo indicado hasta llegar á la línea equinoccial, desde donde hubiera tomado la vuelta de la tierra firme de las Indias, al occidente.

Pronto aparecieron hierbas iguales á las que tanto alarmaron á las tripulaciones en el primer viaje de descubrimientos, y no bien se avanzaron ciento veinte leguas al S. E., el 13 de Julio, bajo el paralelo de Sierra Leona, calmó repentinamente el viento, las olas quedaron tersas como un espejo y las velas inmóviles y vacías, colgando de las vergas: ni el más leve soplido de brisa rizaba el inmenso mar, y los buques parecían estar presos por un poder superior en una dilatada lámina de plata: añádase á esto un calor sofocante y un sol abrasador, y se comprenderá si tan terribles sensaciones no enervarian el cuerpo y no abatirían el espíritu de los marineros. Hallábanse en la todavía desconocida region de las calmas, acerca de la cual los forjadores de cuentos hacian á bordo tantas y tan siniestras relaciones.

El primer día, un sol que ni el más leve vapor entibiaba encandescia, por decirlo así, cuanto se alcanzaba con la vista, todo quemaba, y el alquitran perdía su consistencia. Felizmente al otro día densas nubes cubrieron el cielo, y cayó de rato en rato un aguacero de gruesas gotas; pero no era bastante para mitigar el calor, que continuaba lo mismo, y bajo cuya influencia, unida á la humedad, se alte-

(4) Fernando Colombo. *Vita dell' Amiraglio*, capítulo LXV.

raban los víveres más que de paso; las salazones se corrompian; la manteca se derretía como si estuviese al fuego; el trigo se arrugaba y parecía cocerse; y las duelas de las barricas se comprimian, los flejes se soltaban, y el contenido se vertía por las aberturas (1). Sin embargo del peligro, era tan sofocante la calor, que «no había nadie que osase descender debajo de cubierta á remediar la vasija y mantenimientos» (2). Duró esta situación ocho días; pero si la falta de viento impidió evitarla, el almirante se dirigió, como de costumbre, á Dios, que de tantos riesgos lo había libertado. Recordó que siempre que había pasado á cien leguas al O. de las Azores por el punto designado en la famosa línea de demarcación pontificia había experimentado un gran cambio en la temperatura, y según esto, dijo que, «resolvió, si placía á nuestro Señor enviarle viento y tiempo propicio para salir de los sitios en que se hallaba, no avanzar más hácia el Mediodía, ni retroceder, sino inclinarse á Poniente hasta que hubiera vuelto á encontrar el temperamento que observó en el paralelo de las islas Canarias, y entonces ir más al S. Y que quiso el soberano Señor, al cabo de ocho días, otorgarle un buen viento de E., y que auxiliado por él se dirigió á Poniente. Los acaecimientos confirmaron la conjetura cosmográfica del almirante, pues adelantando al O. halló la dulce y serena atmósfera que siempre, en el indicado meridiano, refrigeró su fatigado pecho. «Por espacio de diez y siete días, Dios nuestro Señor me dió buen viento,» pero las provisiones estaban averiadas, y en su mayor parte inservibles, la vasijeria del vino vacía, y de la del agua sólo quedaba un barril en cada uno de los tres buques. En peligro de morir de sed, no obstante el dolor que le causaba apartarse de su camino, mandó gobernar al N. en

(1) Fernando Colon, *Historia del almirante*, capítulo LXV.—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, libro VI.

(2) Y entre tanto ardor y tan grande que creí que se me quemasen los navios y gente, que todo un golpe vino á tan desordenado, que no había persona que osase descender debajo de cubierta á remediar la vasija y mantenimientos, etc.—Cristóbal Colon, *Relacion del tercer viaje dirigida á los reyes católicos*.



demanda de las islas Caribes, esperando tomar en ellas víveres y carenar su escuadrilla. La desolación de los tripulantes era espantosa cuando en medio de las más pavorosas y sombrías imaginaciones á eso de las doce de la mañana del 31 de Julio, un marinero de Huelva, llamado Alonso Perez Nizzardo, criado del almirante, habiendo subido por casualidad á una gávia, vió dibujarse á Occidente tres cumbres de montaña, que parecían estar unidas en su base.

¡Era la tierra deseada!

Debia hallarse á una distancia de quince leguas (1), y por una prodigiosa singularidad, desde lejos, figuraba representar misteriosamente el emblema de la Santísima Trinidad, y recordar á Colon su promesa de imponer tan hermoso nombre á la primera tierra que descubriese.

Las extrañas circunstancias de este descubrimiento y las tres cumbres, pareciendo salir de la misma montaña, y recordando de una manera tan exacta el voto del almirante de imponer el augusto nombre de Trinidad á la primera tierra que encontrara, han sorprendido á los cronistas contemporáneos y á los historiadores reales. Pedro Mártir de Anglería, al hacer referencia al decaimiento de los marineros, sumergidos en lúgubres imaginaciones y atormentados por la sed, habla de la grande alegría que entre ellos excitó la repentina aparición de las tres elevadas montañas (2); Oviedo dice que la isla de la Trinidad fué llamada así «porque el almirante había decidido poner este nombre á la primera tierra que descubriese, y porque vió tres montes á la misma hora muy próximos unos de otros» (3). Herrera, en dos de sus escritos sobre las Indias occidentales, hace constar la extraña coincidencia que hubo entre la promesa de Colon y la aparición

(1) Fernando Colon, *Historia del almirante*, capítulo LXV.

(2) «Nauta quidam speculator tres montes altissimos sublati præ læ, titia ad coelum vocibus se conspiciere proclamavit.»—Petri martyris Anglerii, *Occaneæ Decadis prima*, lib. sextus.

(3) Oviedo y Valdés, *Historia natural y general de las Indias*, lib. III, cap. III.—Traducción de Juan Pouleur, ayuda de cámara de Francisco I.

de la tierra desconocida con estas palabras: «El marinero de la gávia divisó tres cumbres, de suerte que el nombre de la isla estaba en perfecto acuerdo con el voto del almirante» (1). Muñoz, que tuvo ante los ojos documentos y relaciones, cuyo paradero se ignora hoy, menciona que Colon atribuyó este hallazgo á un señalado favor de la Divina Majestad (2), y que tenía por milagrosas las circunstancias de tiempo y lugar y el aspecto de las tres montañas, hallazgo en tan íntima conformidad con su proyecto de consagrar á la Santísima Trinidad el primer territorio que encontrara.

En su relación oficial el almirante explica á SS. AA. sucintamente, con su sencillez sublime, las penosas circunstancias en las cuales plugo á la Providencia venir en su socorro, y se limita á escribir las siguientes palabras: «Y como su alta Majestad haya siempre usado de misericordia conmigo por acrecentamiento, subió un marinero á la gávia y vido al Poniente tres montañas juntas (3). Rezamos el *Salve Regina* y otras oraciones en acción de gracias á nuestro Señor.»

En seguida, el almirante, cesando de singular hácia el N., tomó el rumbo de la tierra que le había sido mostrada y la llamó Trinidad en cumplimiento del voto que hizo al partirse de las playas de Sanlúcar de Barrameda. A la hora de completas, llegó á un cabo que por su forma quiso ponerle por nombre Punta de la Galera, y en el que divisó un ancon, rodeado de terrenos cultivados, de exuberante y balsámica vegetación, que recordaban la huerta de Valencia en la primavera, y salpicados de cañas; pero, á su pesar, no pudo quedarse en él en razón á que las anclas no mordían el fondo. Dirigióse, pues, á lo largo de la costa, al Mediodía, y á unas cinco leguas, habiendo en-

(1) Herrera, *Descripción de las Indias Occidentales que se llaman hoy Nuevo Mundo*, cap. VII, p. 16.—Edic. de Amsterdam, 1622.

(2) «El presente atribuyó á un señalado beneficio de Dios, mirando como milagroso el tiempo, el modo y la vista de tres cumbres, etc.»—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. VI, § 23.

(3) Sin duda por modestia no dijo el almirante en esta ocasión que el marinero favorecido con este primer aspecto era Alonso Perez Nizzardo, criado suyo.



contrado ancladero se detuvo y llenó de agua una pipa.

Al día siguiente, 1.º de Agosto de 1493, se dieron á la vela, costeano para buscar un puerto donde carenar una de las carabelas, componer la vasijería y hacer aguada y pertrechos de boca. Llegados que fueron á un promontorio que Colon llamó Cabo de Arena, distinguióse una bahía cómoda, y los marineros saltaron en tierra para reposar de sus fatigas. Y vieron huellas de hombres y de brutos de pata hendida, y utensilios de pesca; pero ni un sér humano, ni de las bestias más que una y esa muerta: era una especie de gamo muy conocido en aquella isla. Segun su invariable costumbre, Colon hizo clavar una cruz elevada en la orilla, donde glorificó el sagrado nombre de Jesucristo: circunstancia es ésta que omiten Las Casas y el cura de los Palacios, pero que se demuestra con las propias palabras del almirante en su relacion á los Reyes Católicos (1).

El día 2, llegó á la parte del E. una embarcacion tripulada por veinticuatro hombres, jóvenes todos, armados de arcos, flechas y broqueles, la cabeza cubierta con pañuelos de algodón, pintados de diversos colores, y entorno de la cintura otra tira de lo mismo, á guisa de nagüeta corta. Sus cabellos eran negros, largos y cortados, casi á la moda española, y su cutis mas blanco que el de los insulares vistos hasta entónces. Así que la canoa estuvo á poco trecho se detuvieron los remeros y llamaron con grandes voces á los de la capitana, que no los comprendieron; mas hízoles el almirante señal de que se acercáran, pues la desconfianza parecia dominarlos. Durante más de dos horas quedaron observando los buques desde léjos, y si á veces se aproximaban para examinar los espejos, las palanganas de metal, las corazas relucientes y otros objetos de mucho brillo que sacaban los españoles para atraerlos, apénas lo hacian, se alejaban de repente. Quiso colon en esto conquistarlos por medio de un espec-

(1) «Y en todo cabo mando plantar una alta cruz, y á toda la gente que hallo noticia, etc.»—*Relacion del tercer viaje dirigida á los Reyes Católicos.*

táculo divertido, y al efecto reunió sobre la toldilla de proa á los marineros más mozos para que bailaran al son de la flauta y del tamboril. Pero no bien repararon en la danza los insulares cuando, dejando á un lado los remos, pusieron mano á las armas y comenzaron el ataque, que, segun su costumbre de preludiar las batallas con bailes guerreros, habian tomado el alegre ejercicio de los extranjeros por manifestacion hostil y aceptado el pretendido reto. A tan brusca agresion contestó el virey con dos ballestazos que fueron muy suficientes para moderar el impulso de los naturales, que se ampararon detras de la popa de la carabela más inmediata, cuyo piloto tuvo el arrojo de saltar en su canoa para regalar con un justillo y un gorro escarlata al que parecia ser jefe. Hiciéronle los indios señas de que fuese á tierra, que le darian cuanto deseára, y se dirigieron hácia la orilla como en ademan de aguardarlo; pero no atreviéndose el marinero á tanto sin permiso del almirante, y habiendo pasado á la *Capitana* con objeto de pedirselo, apénas lo vieron los insulares entrar en el buque donde se habia bailado, sospechosos de alguna traicion se lanzaron en su barquichuelo y huyeron á todo remo (1).

Al avanzar algun tanto, notó el almirante entre la Trinidad y una tierra vecina que supuso ser isla, una violenta corriente acompañada de un ruido desconocido hasta entónces por lo espantoso. «El agua, dijo él, iba de Levante á Poniente con tanta impetuosidad como el Guadalquivir cuando se sale de madre;» y al ver que la direccion de E. á O. era continua, sin interrupcion y con una rapidez de dos millas y media por hora (2), temió formalmente no poder ir más adelante á causa de los bajos que indicaba el estruendo, ni retroceder por la fuerza de la corriente. Mientras que á una hora muy avanzada de la noche, el insomnio, la inquietud y el deseo de observar lo retenian sobre la cubierta de su carabela, á pesar de la oftalmia que lo aquejaba, oyó de repente un

(1) Cristóbal Colon.—*Relacion del tercer viaje dirigida á los Reyes Católicos.*

(2) Anotacion hidrográfica de Navarrete.



rugido terrible que salia de la parte del Mediodía, y despues de haberse detenido á examinar con la más grande ansiedad el espacio, vió que una inmensa masa de agua, formando una montaña tan alta como los palos del buque, avanzaba en su direccion acompañada del horrisono concierto de las otras corrientes. Sin embargo, hundióse como por ensalmo la eminencia levantando la carabela, y ganó la embocadura del canal, donde luchó por algun espacio con la corriente opuesta. Todos se creyeron perdidos sin remedio. Tanto efecto causó en el almirante la proximidad del peligro, que muchas semanas despues se resentia aún de sus penosas impresiones (1). Al día siguiente hizo sondear el sitio por las chalupas, que hallaron de seis á siete brazas y reconocieron una doble corriente: una para entrar y otra para salir. «Plugo al Señor darne viento favorable, dice Colon, y atravesé por el centro de la embocadura; logrado lo cual volví á gozar de reposo.» Puso por nombre á tan peligroso paso el de Boca del Dragon.

Es cosa generalmente admitida que el primer punto del nuevo continente que divisó Cristóbal Colon, fué la costa de Paria, y éste es un error refutado de antemano por el mismo almirante en su relacion á los Reyes Católicos.

No carecerá de interes el que establezcamos ahora de una manera escrupulosa el primer sitio del Nuevo Mundo que se ofreció á las ávidas miradas de los europeos, y podremos hacerlo, tanto mejor cuanto que, gracias á la relacion del virey sobre su tercer viaje, no queda ningun género de duda acerca de cuál fuera.

Antes de desembarcar por el terrible paso, llamado por él Boca del Dragon, Colon tenia á su derecha, un poco hácia la proa de su buque, el último cabo occidental de la Trinidad, y á la izquierda, de popa á proa, el extremo superior del Delta del Orinoco, rio inmenso que sale al Atlántico por siete grandes bocas y cuarenta pequeñas, en una extension de cincuenta leguas próximamente, produciendo con sus vuel-

(1) Cuando dictaba á su secretario la relacion para los reyes.

tas y revueltas islas de más ó ménos consideracion, cubiertas de un follaje espeso, nervudo y abundantísimo, en las cuales, sobre nopales que sumergen sus ramas en el agua salada, de en medio de bosquecillos de tamarindos, de gigantescos cañaverales y de helechos arborescentes se elevan anacardos, mauricias, palmeras de abanico y acacias cargadas de dorados racimos, mezcladas con lianas sarmentosas y plantas frutales que tornan los parajes en que vegetan en cavernas, impenetrables á la vista del hombre y á los rayos del sol. Era imposible no tomar por islas aquellas porciones de terreno á la sazón medio anegadas, formando canales sin número, y entre las que ninguna corriente regular indica el desagüe de un rio, sino al contrario, porque tan pronto los remolinos como los vientos forman falsas corrientes y las hacen subir en vez de bajar. La uniformidad de las prodigiosas producciones de estas islas las hace tan parecidas unas á otras, que frecuentemente los Guaraonios (1), acostumbrados á navegar por el archipiélago que llevamos descrito, y en el cual habitan, se pierden en su verdadero laberinto (2).

Sobre estas montañas de verde que parecen salir de las aguas y que se elevan hasta limitar el horizonte, posó primero sus ojos el almirante, y á pesar de que ningun indicio pudo hacerle suponer que la tierra en que se apoyaban estuviera cortada en porciones por la embocadura de un rio, experimentaba en sí algo nuevo, extraño é inexplicable acerca de su naturaleza, pues léjos de dar un nombre colectivo á los islotes, designó el lugar con el de la Tierra de Gracia, porque la sola gracia de Dios lo habia guiado allí; y no habló nada de islas en esta parte de su relacion. Se observa, pues, que, no obstante las apariencias, no tenia por cosa muy

(1) C' est improprement que plusieurs écrivains donnent à ces indigènes le nom de Guaranis. Les Indiens Guaranis sont au Paraguay. Les Guaraouins différent des Guaranis par la langue et les mœurs autant que par la contrée qu'ils occupent.—Dauxion-Lavaysse, *Voyage aux îles de Trinidad, de Tabago, de la Marguerite et dans diverses parties de Vénézuéla*, t. I, p. 3.

(2) Depons, *Voyage à la partie orientale de la Terre Ferme dans l'Amérique méridionale*, tom. III, p. 284.